

Identidad étnica, territorio y memoria en el área ibera: notas sobre el papel de Roma en el estudio y la construcción de las identidades ibéricas

Francisco Machuca Prieto¹

Recibido: 13 de septiembre de 2022 / Aceptado: 7 de mayo de 2023

Resumen. En este trabajo se realiza un recorrido historiográfico sobre la emergencia de nuevas temáticas y los cambios de enfoque que han tenido lugar en el seno de la investigación especializada durante las últimas décadas en relación a la cuestión de la identidad étnica dentro del espacio ibérico. De esta manera, en el texto se sintetizan las actuales visiones e interpretaciones acerca del fenómeno étnico entre las comunidades del sur y este peninsular, prestando una atención preferente al papel jugado por Roma y su renovada centralidad a la hora de entender dicho fenómeno en el contexto “global” del Mediterráneo romano-helenístico.

Palabras clave: etnógenesis; continuidad cultural; construcciones identitarias; romanización; Hispania

[en] Ethnic Identity, Territory and Memory in the Iberian Area: Notes on the Role of Rome in the Study and Construction of Iberian Identities

Abstract. This paper provides a historiographical overview about the emergence of new themes and the changes of perspective that have taken place among the specialized researchers over the last decades with regard to the question of ethnic identity within the Iberian space. In this way, the text summarizes current views and interpretations of the ethnic phenomenon among the Iberian communities of the Southern and Eastern Iberian Peninsula, with particular attention to the role played by Rome and its renewed centrality in understanding this phenomenon within the “global” context of the Roman-Hellenistic Mediterranean.

Keywords: ethnogenesis; cultural continuity; identity constructions; Romanization; Hispania.

Sumario. 1. Introducción: el lugar del que venimos 2. Roma y las identidades étnicas de la península ibérica 3. Etnógenesis, frontera y territorio 4. Memoria y reorientación hacia el pasado 5. Una nota de cierre. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Machuca Prieto, F. (2023): Identidad étnica, territorio y memoria en el área ibera: notas sobre el papel de Roma en el estudio y la construcción de las identidades ibéricas, *Gerión* 41(2), 391-418.

¹ Universidad de Málaga.
E-mail: machucaprieto@uma.es
ORCID: [0000-0003-0803-1533](https://orcid.org/0000-0003-0803-1533)

1. Introducción: el lugar del que venimos

El tratamiento historiográfico de cualquier problemática histórica irremediablemente pasa por atender a las coyunturas en las que se produce conocimiento sobre ellas.² En este sentido, son muchas las veces en las que ya se ha señalado que la cuestión que de nuevo abordamos, la de las identidades étnicas antiguas, no ha sido nunca ajena a los debates contemporáneos que, en el amplio seno de las ciencias sociales y humanas, se han mantenido o mantienen sobre la identidad, ni tampoco a las propias formas de pensar, vivir y expresar las pertenencias colectivas que se imponen en el mundo desde finales del Setecientos, absolutamente mediatizadas por los discursos nacionales, siempre esencialistas y excluyentes.³

Sobre la base de estos discursos, bien es sabido, se cimentó a lo largo del siglo XIX y primeros años de la centuria siguiente el llamado paradigma “étnico-cultural”, de raíz historicista, consistente en la equiparación homogénea y precisa de un “pueblo” concreto con un territorio, una lengua y una cultura material específicos.⁴ Se trataba, huelga decirlo, de una representación del todo coherente con el modelo de desarrollo histórico que surge con el triunfo político de la burguesía en los recién constituidos estados-nación europeos, y muy particularmente en aquellos que lograron hacer efectivas sus pretensiones imperialistas –Reino Unido, Francia y Alemania– o, en su defecto, que anhelaban restablecerlas –España–. Dicho modelo, exaltación de la nación impertérrita, estaba basado en una concepción orgánica y exclusiva de esta, con un devenir invariable desde su origen inicial –siempre pretendidamente antiguo– hasta el presente más inmediato. Por eso, desde el mismo momento en que la Historia y la Arqueología adquirieron estatus científico, rastrear las esencias nacionales se convirtió en uno de sus cometidos principales, dando así sostén material al dispositivo político-ideológico que había propiciado su institucionalización. De esta manera, a pesar de no ser inicialmente explícito, cabe matizar que el interés de los especialistas en el mundo antiguo tanto por las identidades colectivas como por el fenómeno étnico no resulta tan novedoso como a veces solemos decir.⁵

Abandonado desde hace tiempo, al menos parcialmente, este historicismo esencialista, lo que sí resulta una feliz novedad es el enfoque con el que hoy se estudia el asunto y las reflexiones que suscita concretamente dentro del campo histórico. Hablamos aquí de novedad porque esta no sólo debe entenderse respecto al paradigma que acabamos de describir arriba, sino igualmente en relación a los que le van sustituyendo tras la Segunda Guerra Mundial, los cuales presentan un marcado carácter antropológico, como el primordialismo, el instrumentalismo o el etnosimbolismo –una posición esta última, diremos, intermedia entre los otros dos–. Aunque los aportes de la Antropología, la Sociología y los Estudios Culturales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX han enriquecido de manera incommensurable las formas en que los historiadores y las historiadoras deberíamos abordar el estudio de las identidades colectivas, sean antiguas o modernas, lo cierto es que las contribuciones generadas desde las mismas disciplinas históricas han tardado

² Proyecto: Terremotos y tsunamis en la península ibérica en época antigua: respuestas sociales en la larga duración (PGC2018-093752-B-I00).

³ Para una reflexión más profunda sobre estas convergencias y sus implicaciones historiográficas, véase Wulff Alonso 2009.

⁴ Fernández Götze 2008.

⁵ Wulff Alonso 2021, 16.

mucho más en fosilizar dentro del campo de estudio que nos es propio, sobre todo si tenemos en cuenta que en él existen visiones teóricas y propuestas historiográficas de plena vigencia que llegan a tener un recorrido de casi cuarenta años, no siendo la Historia Antigua española una excepción a rebufo, sino una discípula aventajada.⁶ Asentadas y mesuradas en su justa medida las aportaciones de las ciencias sociales vecinas, por un lado, y asumida –aunque ni mucho menos de manera general– una perspectiva más ambiciosa dentro de la Historia y la Arqueología, por otro, en la actualidad podemos decir que, en efecto, las ciencias de la Antigüedad se insertan en un marco historiográfico relativamente nuevo en relación a los identidades colectivas. Dicho marco, a nuestro criterio, resulta muy útil para ahondar en la construcción de conocimiento en torno a las problemáticas étnicas e identitarias del pasado antiguo. No sólo porque abra nuevas posibilidades de estudio, ponga encima de la mesa nuevos interrogantes o permita redefinir visiones, sino porque, en cuanto a teoría y metodología de análisis, se asienta sobre una riqueza de experiencias y propuestas previas donde “lo histórico” ha adquirido ya su necesaria centralidad.

No nos detendremos, por lo demás, en el merecido cuestionamiento que desde 1945 recibió la mirada esencialista que hasta entonces primaba sobre las identidades colectivas, hoy superada por la asunción de su naturaleza socialmente construida y su carácter múltiple. Tampoco nos pararemos en las críticas, igualmente oportunas, lanzadas sobre los conceptos en juego, empezando por la misma noción de “identidad”. Ambos aspectos, junto al editor de esta sección monográfica, han sido tratados por nosotros recientemente en otro lugar.⁷ En cambio, poniendo ya el foco en la península ibérica, y siguiendo el hilo de lo expuesto, nuestra atención se centrará justamente en las reflexiones, perspectivas y temáticas históricas e historiográficas que han pasado, o están pasando, a ocupar un lugar principal a la hora de analizar los fenómenos étnico-identitarios de la Antigüedad hispana en general, y de la zona ibera mucho más en particular, atendiendo a las planos analíticos e interpretativos que abren o, en su defecto, cierran.

2. Roma y las identidades étnicas de la península ibérica

Si hoy por hoy, nos aventuramos a indicar, existe un consenso casi unánime en torno al estudio de la pretérita etnicidad peninsular dentro de la Historia Antigua, este no es otro que la imposibilidad de abordar el problema sin tener en cuenta el papel jugado por Roma, idea ya recogida en las conclusiones de la I Reunión Internacional sobre Paleoeitnología de la Península Ibérica, celebradas en 1989.⁸ Las razones son varias.

En primer lugar, aunque resulte obvio decirlo, debido al origen y naturaleza de las fuentes literarias: dejando a un lado, sólo por ahora, a los autores helenos más antiguos, la mayoría de los textos susceptibles de ser usados en un análisis sobre las identidades étnicas de Iberia/Hispania tienen como único e indiscutible protagonista a Roma, quedando el restos de comunidades políticas o entidades culturales comparecientes en la narración relegadas al rol de personajes secundarios, cuando

⁶ Como ejemplo, mencionaremos siquiera tres nombres clave, con cita a trabajos respectivos que pueden considerarse de referencia en cuanto a lo dicho: Pereira Menaut 1984; Wulff-Alonso 2001; Beltrán Lloris 2003.

⁷ Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022.

⁸ Almagro-Gorbea – Ruiz Zapatero 1992.

no de simples extras sin palabra alguna en el guion. Además, una buena parte de esta sustancial e imprescindible información es producida al calor de la progresiva conquista peninsular, por lo que nace condicionada, tanto por las circunstancias del momento, cargadas de excepcionalidad, como por el intrínseco y casi exclusivo carácter político-militar de la historiografía romana, incluso la que es elaborada por griegos, como muestra el paradigmático caso de Polibio.⁹ Con la expansión finiquitada y el dominio romano absolutamente asentado, las posibilidades que ofrecen escritores posteriores indispensables para nuestro tema como Estrabón y Plinio también presentan limitaciones en este sentido, pues escriben por y para la gloria del Imperio. Tanto el primero, con su visión etnogeográfica de tradición helenística, como el segundo, con su descripción de cariz administrativo, a pesar de lo conspicuo de los datos aportados, no dejan de confeccionar unas imágenes étnicas que responden fundamentalmente a los parámetros ordenadores y civilizadores de Roma. Todo lo dicho, en última instancia, conduce a aceptar que el mapa étnico de las distintas áreas peninsulares que potencialmente podemos llegar a inferir a partir de las fuentes grecolatinas responde, más que a una realidad bien definida previa, a una construcción romana no escasamente deudora del proceso de conquista que tiene lugar durante la República, así como también de la reordenación y articulación territoriales subsiguientes, que se extienden hasta el Alto Imperio.¹⁰ Por tanto, cualquier análisis identitario que queramos desplegar hoy sobre el mundo ibérico de la fechada mediterránea debe asumir que la perspectiva de las fuentes respecto a las etnicidades de Iberia/Hispania es siempre una perspectiva no ya condicionada, sino en movimiento. Ello impide, y he aquí lo sustancial, seguir manteniendo representaciones fijas acerca de los antiguos grupos étnico-culturales de la península ibérica, sin que ello invalide *per se* las cada vez más frecuentes identificaciones arqueológicas de procesos de construcción étnica antes del siglo III a.C., tanto en el área ibera que aquí abordamos específicamente como en la indoeuropea.¹¹ No tratamos aquí de negar “lo étnico” en momentos previos a la conquista romana,

⁹ Nada resulta más revelador sobre lo dicho que las siguientes palabras escritas en la segunda mitad del siglo II a.C. por el propio historiador de Megalópolis (Plb. 3.37.10-11): “El resto de Europa, el que discurre desde los mencionados montes hasta el poniente y las Columnas de Hércules, es bordeado, ya por el mar nuestro, ya por el mar exterior, y la parte que avanza a lo largo nuestro hacia las Columnas de Hércules se llama Iberia, mientras que la parte que avanza a lo largo del mar exterior, de sobrenombre el Gran Mar, no tiene denominación común por haberse descubierto recientemente: toda ella está habitada por tribus bárbaras y muy pobladas de las que más tarde haremos particular mención” (trad. A. Díaz Tejera, CSIC, 1989).

¹⁰ El caso de los controvertidos edetanos parece bien representativo de ello. Sería ya claro que Edetania es una elaboración geográfica muy tardía, de tiempos de Augusto, empleada para designar el territorio bien definido que delimitan los ríos Júcar y Mijares, y la cual tomaría su nombre de la ciudad más significativa dentro de él, *Edeta* (Liria, Valencia). Al respecto, véase Grau Mira 2012b. No obstante, para Javier de Hoz (2011b), el etnónimo “edetanos” es anterior al topónimo. Se trata de una hipótesis que, en cualquier caso, no termina de explicar por qué los edetanos no aparecen bajo tal designación realmente hasta el período imperial (Plin. *HN* 3.3.23; Ptol. *Geog.* 2.6.62). En este sentido, como señala Moret (2017, 147-148), las menciones a los *Edētanoi* en gran parte de las ediciones modernas de Polibio (10.34.2) y Estrabón (3.4.1, 3.4.12 y 3.4.14) no son en verdad tales, sino que constituyen correcciones al texto original a cargo de los editores del siglo XIX. Aceptar estas modificaciones no acaba con los problemas, puesto que Estrabón (3.4.1), al hablar de los *Eletānoi/Edētanoi*, los sitúa entre Cartago Nova y el río Ebro, un territorio bastante mayor que la Edetania pliniana (Plin. *HN* 3.4.20), circunscrita a los dos cursos de agua más arriba mencionados. Toda esta discusión, complementariamente, certifica lo fundamental que resulta a la hora de hablar de etnias e identidades antiguas acudir a los escritos originales en griego y latín.

¹¹ Maya González – Barberà i Farras 1992; Grau Mira 2005; Adroher Auroux 2008.

sino de plantear, sí abiertamente, el error que supone concebir territorios estáticos y marcos étnicos rígidos, cuando no inmutables.

Hemos dicho, no obstante, que las causas para considerar a Roma un elemento clave en cualquier ecuación étnica que incumba a la península ibérica –y, de hecho, a todo el Mediterráneo–, son más de una. En efecto, además de los aspectos tocantes a las fuentes literarias, hay también que atender a los cambios que origina la propia presencia romana en los espacios conquistados, paulatinamente convertidos en *provinciae*, lo que se suele conocer, siendo muy sintéticos, con la clásica etiqueta de “romanización”. También en este terreno se han producido importantes avances, tanto conceptuales como metodológicos. Sin entrar en ninguno de los debates de fondo, que al menos han conseguido despojar el término de su unilateralidad original y de su carga civilizatoria, complejizando de paso las lecturas del proceso de integración que se esconde bajo este manido concepto, lo interesante aquí es que las nuevas interpretaciones sobre el fenómeno romanizador prestan una especial atención a los efectos identitarios y étnico-culturales que este ocasiona, los cuales van desde la performatividad subjetiva de Roma en tanto comunidad imperial –constituida así ya en la República Media–, a las adaptaciones, reelaboraciones e hibridaciones que en el seno de las poblaciones locales propicia el impacto romano.

Si las aproximaciones efectuadas durante las dos últimas décadas acerca del imperialismo romano y el proceso romanizador han puesto una cuestión en valor por encima del resto, esta no es otra que la referida a la génesis y consiguiente desarrollo de potentes identidades locales que se produce en paralelo a la expansión de la *Urbs*.¹² Sin embargo, no lo hacen, o no es habitual que lo hagan, bajo coordenadas “de resistencia”, esto es, de rechazo u oposición a “lo romano”, sino que tales aproximaciones interpretan las identidades locales como el lógico resultado histórico que deriva del nuevo contexto “global” romano-mediterráneo: se trataría de instrumentos adaptativos de integración y, a un mismo tiempo, de fórmulas de expresión diferencial dentro de un contexto imperial compartido, que no es monolítico, sino plural y diverso. De ello deriva el énfasis que estas lecturas ponen en el rol activo que los agentes nativos desempeñan a la hora de su integración, así como también de cara a su convergencia con el poder, subrayando el papel que “lo cultural”, “lo étnico” o “lo simbólico” juegan entre las élites y grupos intermedios en cuanto al mantenimiento de su posición social, la salvaguarda de su estatus económico o el ascenso político.

En este sentido, si las primeras interpretaciones sobre el fenómeno romanizador incurrieran, con persistencia, en una imagen dulce del poder romano, al que las poblaciones locales conquistadas se sometían de forma pasiva por constituir Roma un orden superior y benefactor de civilización, alguna de sus contrapartes de la década de los setenta y posteriores no le van a la zaga. Hablamos de aquellas surgidas al calor de la descolonización, que en el camino de su comprensible rechazo del paradigma civilizador reesencializan las diferencias y la “pureza” precolonial –antigua y moderna–, pero también, y no con menor intensidad, de otras que imbrican directamente tanto con la revitalización nacionalista que experimenta el planeta a partir de mediados de los años ochenta como, desde un lado bien diferente, con

¹² Keay – Terrenato 2001; Revell 2009; Whitmarsh 2010; Price *et alii* 2021.

la revisión del pasado imperialista europeo.¹³ Se trata, en ocasiones, de visiones que terminaron no sólo dibujando una Roma arrolladora, sino un mundo romano dicotómico, de antagonismos y contrarios sempiternamente enfrentados. Allí donde la presencia romana no desplegó por completo su *cultural package* –o, mejor dicho, lo que se supone que este incluía, desde el latín a la *terra sigillata*, desde la triada capitolina al sistema de *villae*–, allí había una prueba de resistencia a la dominación y, por tanto, una evidencia potencial de realidades étnicas previas e inalterables.¹⁴ Es en este contexto, puede intuirse, en el que ha ido surgiendo, ya de manera explícita, un vigoroso interés académico por las pervivencias prerromanas en la península ibérica. Pero el término “pervivencias”, según creemos, no resulta del todo adecuado, dado que más que nada hace referencia, en contra precisamente de las miradas indigenistas que lo ponen en valor, a “lo que está fuera de su tiempo, esto es, lo no romano en la etapa romana; se presenta, pues, como excepción que confirma una regla, la del triunfo de la romanización”.¹⁵ Cuando, en efecto, se ha usado en un sentido opuesto, es decir, cuando se ha empleado para minusvalorar la influencia romana o, lo que es lo mismo, para sobredimensionar los elementos nativos –ibéricos en nuestro caso concreto– durante el período romano, lo que realmente se está subrayando es la invariabilidad de tales elementos.

La noción alternativa de “continuidad” es preferible, aunque tampoco está, como veremos, exenta de problemas. No alude necesariamente al mantenimiento de prácticas y elementos culturales previos a la llegada de Roma, sino, sobre todo, a la existencia, ya en un contexto romano, de prácticas y elementos culturales de raigambre local, en los que, al menos para el mundo ibérico, la reformulación prima sobre la mera perduración. Los términos “local”, “prerromano” y “nativo” –o “indígena” si se prefiere– no son siempre intercambiables. Estamos, de hecho, ante un dominio semántico en el que habitualmente no lo son. Basta citar el ejemplo siempre recurrente, pero paradigmático, del arte ibérico. Algunas de las manifestaciones consideradas más características del mismo, como los vasos cerámicos decorados con motivos figurativos del antiguo estilo Elche-Archena o los relieves arquitectónicos de Osuna y Estepa tienen, como es bien conocido, una cronología plenamente romana –bastante tardía, además, tanto para las esculturas estepeñas como para las que componen el llamado “conjunto B” ursonese (siglo I a.C.)–.¹⁶ Son, lógicamente, producciones enraizadas en la costumbre ibérica anterior, pero, a la misma vez, en ellas hay una paulatina presencia de formas, maneras y discursos romano-helenísticos, los cuales, en todo caso, nunca se imitan sin más, sino que se interpretan y adaptan al gusto indígena.¹⁷ Esta combinación de elementos romanos y no romanos –o, dicho de otra manera, de influencias externas y tradiciones nativas– que suelen adquirir, en

¹³ Sobre este último aspecto, véase Van Oyen 2015. Para las lecturas nacionalistas que persisten en la historiografía, e incluso se están hoy viendo reforzadas, consúltase Meskell 2002; Kohl *et alii* 2008; Hanscam 2019. Por otra parte, no resulta incierto que la recepción dentro de la Historia Antigua y la Arqueología de los postulados poscoloniales que están detrás de una buena parte de las aproximaciones críticas al fenómeno romanizador desde su óptica tradicional han enriquecido sustancialmente el debate, aportando interesantes herramientas analíticas si no se asumen de manera irreflexiva. Al respecto, véase Machuca Prieto 2014.

¹⁴ Sobre este *cultural package*, véase Whittaker 1997.

¹⁵ Bendala Galán 1987, 570.

¹⁶ Noguera Celdrán – Rodríguez Oliva 2008.

¹⁷ Para un estado de la cuestión actualizado y sintético sobre la cerámica ibérica, véase Bonet Rosado – Mata Parreño 2008. Para las alteraciones e impacto que Roma produce en la pintura figurada ibérica, véase Olmos 2000.

conjunción, un significado nuevo, catalogado como “local” –con frecuencia se usa el término “iberromano”–, será la norma, y no la excepción, en la Hispania republicana y altoimperial. El término “continuidad”, pues, no implica la permanencia de los valores y usos previos, ni mucho menos residualidad, pero sí esconde –he aquí uno de esos problemas más arriba referidos– la discontinuidad con el pasado y tendencias anteriores que estos elementos locales ocasionalmente presentan si atendemos al registro arqueológico, los testimonios epigráficos y las evidencias numismáticas.

De hecho, los fenómenos de *revival* –el retorno a gustos y formas del pasado– no son para nada infrecuentes en la península ibérica durante el siglo II a.C. En la Baja Andalucía, dentro del espacio fenicio, los identificamos en la necrópolis republicana de *Gades*.¹⁸ También en la ceca de *Ituci* (Tejada la Nueva, Huelva), donde la inclusión en sus anversos de la leyenda latina ITVCI a principios del siglo II a.C. es previa, según la ordenación de M.^a Paz García-Bellido y Cruces Blázquez, a la del epígrafe neopúnico *yptbk*, que aparece a mediados de la mencionada centuria en monedas monolingües y bilingües.¹⁹ En relación al área específicamente ibérica, cabe remarcar que ejemplos de bilingüismo monetar similares los tenemos en varias cecas, caso de *Arse-Saguntum*, *Kelse*, *Usekerte-Osicerda*, *Saiti-Saitabi*, *Kili-Gili*, *Castulo* y *Obulco*.²⁰ En esta última, además, volveríamos a estar ante un posible fenómeno de *revival*, con grados diversos de reelaboración. Identificada con el actual municipio jienense de Porcuna, *Obulco* ha sido adscrita en la bibliografía especializada tanto a los turdetanos como a los oretanos. En cambio, Ptolomeo sostiene que se trataría de una ciudad túrdula.²¹ Su primera emisión, de la Segunda Guerra Púnica, presenta ya el topónimo latino de la ciudad, pero los tipos iconográficos que incluye –cabeza femenina con moño y collar a derecha en anverso, espiga de trigo en reverso– muestran un fortísimo componente ibérico.²² Para Francisca Chaves, estamos ante un recurso político empleado por las aristocracias obulcenses para evidenciar su adscripción al nuevo poder romano.²³ No obstante, tras este primer momento de acercamiento a Roma, dicha ceca pasa igualmente a incluir en sus monedas, junto al epígrafe OBVLCO, la leyenda toponímica *ibolka*, en ibérico meridional.²⁴ Debe considerarse, en cualquier caso, que las monedas, en tanto documentos oficiales cargados de simbología, no manifiestan *per se* una realidad étnico-histórica concreta, sino sólo, aunque no es cosa menor, el mensaje específico que la comunidad que las acuña decide comunicar al exterior. Siguiendo esta idea, y en directa relación con lo expuesto en las líneas anteriores, una de las más recientes novedades que afectan de lleno a los estudios sobre la etnicidad en el área ibera es la interpretación de este bilingüismo, así como también de los fenómenos de *revival* descritos, no como testimonios inequívocos de resistencia lingüística o cultural ante el latín, sino como fórmulas particulares y/o diferenciales de expresar pertenencia a Roma, las cuales, sin abandonar todavía el plano de las monedas, muestran además una clara

¹⁸ Niveau de Villedary – Martelo Fernández 2014, 171.

¹⁹ García-Bellido – Blázquez Cerrato 2001, 216-217. CNH 108.3-6 = MIB 25/03-04 y 06b. La serie bilingüe corresponde a CNH 108.3.6.

²⁰ Estarán Tolosa 2016.

²¹ Ptol. *Geog.* 2.4.9.

²² CNH 341.1-3 y 342.5 = MIB 159/05-07. Para la ceca de *Obulco*, véase Arévalo González 1999; García-Bellido – Blázquez Cerrato 2001, 289-290.

²³ Chaves Tristán 2000, 19-20.

²⁴ CNH 342.7 y 347.38-43 = MIB 159/01 y 25a-f.

contraparte en la iconografía.²⁵ En otras palabras, estaríamos ante una forma local de entender “lo romano”.

En esta visión, la presencia de elementos nativos no supone ninguna incongruencia. Cabría decir que, de hecho, estamos ante justamente lo contrario: tales elementos participan con fuerza de las ecuaciones identitarias que se dan en el mundo romano. Primero, porque cumplen una función de anclaje al pasado, lo cual resulta útil a la hora de delimitar las particularidades específicas de una comunidad dada, que son normalmente redefinidas en clave global; y segundo, aunque derivado de lo anterior, debido a que constituyen una potente herramienta de cara a la integración de dicha comunidad en las estructuras romanas, sobre todo si pensamos en sus élites. Estas reafirman sus posiciones de poder, previas o recién adquiridas, a través de discursos cargados de componentes étnico-culturales propios, sea ante Roma, ante sus mismas comunidades –las cuales van quedando reorganizadas, poco a poco, bajo el sistema de la *civitas*–, o ante el restos de poblaciones igualmente conquistadas e incorporadas al estado romano, pues, dentro del marco ideológico romano-helenístico que se va imponiendo desde finales del siglo III a.C. en todo los territorios del Mediterráneo, una y otras comunidades, así como los respectivos grupos dirigentes al frente de ellas, rivalizarían entre sí en términos de antigüedad y singularidades culturales, en tanto ambas cosas constituyen fuentes de prestigio y legitimación.²⁶ Ello se explica, además, por el hecho ya suficientemente reiterado en la historiografía de que el mundo romano, pese a sus tendencias universalizadoras (ciertamente evidentes para el caso hispano desde el último cuarto del siglo I d.C. con la extensión de la latinidad), no quedó jamás configurado como una realidad homogénea o uniforme, sino como un “sistema estructurado de diferencias”, el cual bascula, como ya hemos defendido con anterioridad, entre la unidad de “lo imperial” y la diversidad de “lo local”, a partir de distintas variables, entre ellas: el contexto geográfico, el estatus jurídico, la religión, la lengua, el género, el nivel económico y la vinculación o no con los aparatos de gobierno.²⁷

La epigrafía no monetaria del área ibera parece reforzar las impresiones anteriores. La propia asimilación del hábito epigráfico ya es por sí sola una espléndida muestra de la auténtica transformación que experimentan las sociedades ibéricas con la llegada

²⁵ Estarán Tolosa 2019, 184.

²⁶ En extensión para las Galias e Hispania, véase Johnston 2017. Más específicamente, para el caso de las comunidades fenicias del sur de la península ibérica, remitimos a Machuca Prieto 2019. Volviendo a la ceca de *Obulco*, aunque dejando ahora a un lado la temprana presencia en sus monedas del topónimo latino de la ciudad, en uso antes de que el siglo III a.C. llegara a su fin, la inclusión de la leyenda *ibolka* a partir de su segunda emisión y el mantenimiento de unos tipos característicamente ibéricos, bien puede interpretarse como un estrategia consciente de diferenciación por parte de las élites que acuñan tales piezas, no ya respecto a Roma, sino sobre todo a otras comunidades vecinas que, como la oretana *Castulo*, estaban también inmersas en un gradual proceso de integración, y en cuyas monedas igualmente reconocemos hasta el siglo I a.C. tanto el topónimo ibérico –*kaštilo*– como una iconografía de claro gusto indígena. Para la ceca castulonense, véase García-Bellido 1982.

²⁷ Woolf 1997, 341; Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, 106-107. En relación a los fenómenos étnicos, la perspectiva que hay detrás de esta interpretación viene a subrayar que, aunque las identidades colectivas se decantan localmente, ello siempre ocurre en la interacción de unas con otras y, por consiguiente, dentro de una escala política y cultural superior, global, en este caso la que va unida a la expansión imperialista de Roma por el Mediterráneo desde la segunda mitad del siglo III a.C. Por otra parte, son también destacables en este punto los aportes realizados desde los estudios de género, los cuales, en relación al tema que aquí más nos interesa, ponen en evidencia el papel jugado por las mujeres a la hora de preservar, en situaciones coloniales y en contextos de conquista o crisis, las tradiciones culturales y la memoria étnica de un grupo, trasasándolas a sus descendientes. Véase: Sadiqi 2007; Zarzalejos Prieto 2008.

de Roma, por lo que estaríamos, al menos en lo tocante al plano lingüístico, ante otro aspecto indicativo de la ausencia de verdaderas resistencias al poder romano.²⁸ Al hablar de las monedas, de hecho, hemos visto que el latín aparece pronto. No obstante, atendiendo al propio ejemplo numismático, cabe matizar que su empleo entre las comunidades locales durante la centuria que sigue a la conquista estaría en buena parte limitado a las élites, en tanto es lengua del poder. Así, como se sabe, la escritura ibérica, con diferencias según la región, está presente a lo largo del siglo II y primera mitad del I a.C. en diversas inscripciones de la Citerior. En general, estos epígrafes, en sus diferentes tipologías –téseras, estelas pétreas con epitafio, sellos cerámicos y letreros musivarios serían las principales–, siguen modelos metropolitanos más o menos identificables que habrían sido introducidos por los inmigrantes itálicos llegados a los grandes puertos del Levante –de norte a sur: Ampurias, Tarraco, Saguntum y Cartago Nova–, pero, a su misma vez, no puede considerarse que tales modelos sean meras imitaciones automáticas, sino que se trataría de reelaboraciones locales, sobre todo si nos referimos al ámbito funerario.²⁹ Es más, si prestamos atención a la cultura material de las necrópolis del período republicano, tanto del Levante meridional como de la Andalucía oriental, vemos que no sólo hay elementos que mantienen una fuerte impronta ibérica –por ejemplo, los cerámicas utilizadas como urnas cinerarias– o incluso fenicio-púnica allí donde este sustrato había igualmente penetrado en los siglos anteriores, sino que aquellos que tienen un origen más claramente romano, como paulatinamente sucede con los ajuares, presentan cierto grado de hibridación, tanto en usos como en significados.³⁰

3. Etnogénesis, fronteras y territorio

Todo lo dicho hasta ahora no conduce únicamente a considerar que las identidades étnicas del mundo ibérico están muy condicionadas por el proceso de integración que en la historiografía se conoce comúnmente como “romanización”, sino también a tener muy en cuenta preguntas históricas que no siempre se han formulado. ¿Cuándo surge una determinada identidad étnica? ¿Por qué lo hace? ¿Qué poderes propician su articulación? Tales interrogantes están muy relacionados con la centralidad historiográfica que ha adquirido el concepto de “etnogénesis”, el cual sirve, ante todo, para resaltar que las identidades étnicas se construyen y delimitan contextual e históricamente, cuestionando, en el camino, el latente sentido nativista de las mismas cuando son concebidas como unidad espacial, social o cultural.³¹ Aplicado a la península ibérica del I milenio a.C.,

²⁸ Nos referimos al concepto clásico de “resistencia”. La redefinición de las continuidades culturales y lingüísticas como “resistencias silenciosas” si tendría aquí mayor cabida. Al respecto, consúltese Van Dommelen 2001; Jiménez Díez 2008. En el seno de la teoría poscolonial, la noción de “resistencia silenciosa” hace alusión a las formas no canónicas y subalternas de oposición al dominio colonial, por lo que suele adquirir formas distintas a la respuesta violenta y el rechazo cultural sin más. Así, su consecuencia no es tanto un menoscabo del poder hegemónico como una desfiguración parcial del mismo, lo que ayuda –a través, por ejemplo, de las hibridaciones o los lenguajes duales y ambivalentes– no necesariamente a un reforzamiento de las identidades propias, pero sí, al menos, a adquirir una mejor posición de cara a las necesarias adaptaciones o a la negociación cultural.

²⁹ Beltrán Lloris 2012.

³⁰ Los ejemplos son numerosos: Jiménez Díez 2002; Abad Casal 2003; Ortega Cabezudo 2005; Serrano Peña – Molinos Molinos 2011; Morena López 2020.

³¹ Sobre este concepto, véase Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, 48-49.

vendría a significar que las realidades culturales y potencialmente étnicas con las que Roma se encuentra a su llegada, aunque pueden tener su origen –parcial o total– en los períodos previos a este acontecimiento, son principalmente fruto de ese momento histórico concreto de finales del siglo III a.C. Por más que medie en ellas una evolución –continua o discontinua– en el tiempo, son resultados de una situación que no puede proyectarse sin más hacia el pasado o el futuro, sino que deben contextualizarse, cada vez, en sus específicas coyunturas históricas.³²

Dentro de este marco interpretativo, cuestiones como el territorio o los límites étnicos pasan a adquirir una nueva dimensión. Hablamos, en primer lugar, de una consideración de las fronteras interétnicas como demarcaciones menos rígidas y más permeables, menos físicas y más sociales. Por ejemplo, tras los renovados análisis étnico-identitarios realizados para la Turdetania, un espacio geográfico donde secularmente conviven varios sustratos culturales y que presenta un no escaso nivel de fragmentación política, es ya hoy difícil sostener la existencia de territorios étnicos permanentes y cerrados, sino que debemos hablar más bien de “áreas de predominio”, en las que es posible llegar a apreciar la preponderancia política y/o cultural de un grupo/comunidad concreta, pero sin que ello impida situaciones de hibridación o solapamiento, ni tampoco la operatividad organizativa de estructuras territoriales distintas, como es la ciudad.³³ Ciertamente, si tomamos como referencia de partida la Turdetania amplia de Estrabón,³⁴ aislar sobre un mapa del sur de la península ibérica a turdetanos, túrdulos, célticos, oretanos, bastetanos, bástulos y fenicios resulta un ejercicio poco operativo metodológicamente, no sólo porque soslaye la diversidad étnica existente o, incluso, oculte las posibles yuxtaposiciones identitarias y hasta cierta polisemia etnonímica,³⁵ sino porque, como veremos en el cuarto epígrafe, en la historiografía reciente se ha abierto ya a la posibilidad de que la etnicidad en el mundo antiguo tenga tanto o más que ver con cuestiones culturales y políticas que con el territorio en sí. A ello hay que sumar, siguiendo el hilo de lo ya explicitado más arriba al hablar de los problemas que presentan las fuentes literarias, que el propio mapa paleoetnológico que se desprende de la descripción de Estrabón no coincide del todo con los que derivan de Plinio o Ptolomeo, y ello no sólo sería consecuencia del enfoque *etic* y la perspectiva en movimiento que encontramos en los textos del siglo II a.C. en adelante, sino también de las transformaciones, muy lógicas, que se producen a lo largo del tiempo fruto del contacto entre grupos o los más que probables movimientos y traslados de población, incluso deportaciones, que provoca la conquista romana.³⁶

³² Wulff-Alonso 2001, 364-365.

³³ García-Fernández 2012.

³⁴ Str. 3.2.1. Aquí, tras circunscribir la Turdetania al curso del Guadalquivir, como había hecho ya antes en otro lugar (Str. 3.1.6), el geógrafo de Amasia pasa luego a incluir en ella el litoral que va desde *Gades* a Calpe, es decir, hasta el estrecho de Gibraltar, así como también las costas que se extienden a uno y otro lado del río *Anas* al preguntarse si los bastetanos no se han de incluir igualmente dentro del territorio turdetano. Acerca de estas dos concepciones que maneja Estrabón sobre la Turdetania, una restringida, otra más heteróclita, consúltese Moret 2011.

³⁵ En el litoral andaluz, un caso paradigmático del empleo de dos designaciones distintas para un mismo conjunto poblacional sería el que compete a bástulos y fenicios, como parece desprenderse de las denominaciones dobles que encontramos en escritores ya relativamente tardíos: Ptol. *Geog.* 2.4.6; App. *Hisp.* 56; Marcian. 2.9. Véase Ferrer Albelda – Prados Pérez 2001-2002.

³⁶ Este podría ser, por ejemplo, el caso de célticos y túrdulos, que migrarían desde la *Baeturia* hacia el noroeste de la península ibérica en paralelo al desarrollo de la conquista romana. Véase Olivares Pedreño 2013. Sobre las deportaciones romanas en Hispania, consúltese Pina Polo 2004.

Al respecto de esto último, no es casual que las identidades étnicas afloren con mayor incidencia en contextos históricos en los que la autodefinición de grupo se vuelve especialmente necesaria, lo que suele coincidir con situaciones de guerra, crisis, lucha por los recursos, migración o conquista.³⁷ Por otro lado, si las fronteras tienen un papel en la generación identitaria, es precisamente ante estas situaciones cuando lo adquieren, originando criterios de exclusión/inclusión a uno y otro lado de las mismas, pero también propiciando procesos de aglutinación étnica conforme avanzan. Es así como en buena parte se explicaría la aparición, con Roma ya asentada, de los grandes macroétnicos peninsulares, caso de “celtíberos”, “lusitanos” o “galaicos”. Se trata de términos exógenos que simplifican realidades étnicas e identitarias previas mucho más complejas, pero que a la vez tienen capacidad performativa, hasta el punto de ser aceptados como propios por las mismas comunidades a las que designan.³⁸

Este tipo de consideraciones llevan, en realidad, cierto tiempo asentadas en la historiografía relativa a la zona indoeuropea, pero hoy también se tienen ya en cuenta para el análisis de los fenómenos étnicos dentro del territorio ibérico. Así ocurriría, por ejemplo, con los bastetanos de las fuentes clásicas, quienes, de nuevo, ocuparían un espacio geográfico contradictorio si atendemos a lo que manifiestan los distintos escritores grecolatinos.³⁹ Desde este punto de vista, como han defendido otros autores, la etnia bastetana sería principalmente fruto de un proceso etnogenético que se activa a partir de la llegada de cartagineses primero, y romanos después, quedando la Bastetania configurada a lo largo del siglo II a.C. como un auténtico enclave fronterizo –por tanto, cambiante– entre la Ulterior y la Citerior, lo cual explicaría las diferencias existentes entre la “Bastetania histórica” y la regio Bastitania que aparece, con carácter geográfico y administrativo, en el siglo I d.C.⁴⁰ Respecto a la vecina Contestania, entre Cartago Nova y el río Sucro, el actual Júcar, y en cuyo seno encontramos importantes *oppida* como *Ilici* y *Saitabi*, su presencia en las fuentes también es reciente, dado que, como en veces anteriores, no aparece hasta los autores altoimperiales.⁴¹ De hecho, dada la vaguedad con la

³⁷ Hall 2002, 10; Cardete del Olmo 2009; Ruiz Zapatero 2009, 19-21; Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, 48-49.

³⁸ Pereira Menaut 1992; Beltrán Lloris 2004; Pina Polo 2011.

³⁹ Livio, al narrar la derrota del procónsul Emilio Paulo en 190 a.C. frente a los lusitanos, dice que esta ocurre en tierras bastetanas, junto al *oppidum* de *Lyco*, de localización incierta (Liv. 37.46.7). No obstante, Hoz Bravo (2011a), identifica este *oppidum* con *Ilurco*, en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada). Estrabón sitúa a los bastetanos, que equipara a los bástulos, en torno al estrecho de Gibraltar (Str. 3.1.7), aunque más adelante los lleva hasta la desembocadura del *Anas* (Str. 3.2.1), emplazándolos también a lo largo de la costa mediterránea que llega a Cartago Nova (Str. 3.4.1). Sostiene, asimismo, que el territorio bastetano está atravesado por la Orospeđa (Str. 3.4.12 y 3.4.14), lo que nos ubica en las actuales provincias de Murcia, Albacete, Jaén, Granada y Almería. Plinio acopla su *Bastitania* sobre un espacio similar a este último, es decir, entre las ciudades de *Urci* y *Baria* y Cartago Nova, pero tanto en él como luego en Ptolomeo los bastetanos aparecen desligados por completo de los bástulos (Plin. HN 3.10, 3.19 y 3.25; Ptol. Geog. 2.4.6-9, 2.6.13 y 2.6.60). De esta manera, como señala Cruz Andreotti (2007, 330-331), la asimilación bastetanos = bástulos, que sólo aparece en Estrabón, respondería a la homonimia existente entre ambos etnónimos, aunque pudiera esconder también ciertas reminiscencias alusivas al territorio controlado por Cartago en la península ibérica a partir de 237 a.C.

⁴⁰ Salvador Oyonate 2015; García Cardiel 2021. Para una aproximación arqueológica a la cuestión, véase Adroher Auroux 2008.

⁴¹ Liv. frg. 91.22.11; Plin. HN 3.19-20. Cabe señalar, en todo caso, que al hablar de la zona meridional de la *Citerior*, el naturalista menciona el nombre de una tercera región, la Deitania, situada entre la *Bastitania* y la Contestania. Véase Moret 2017, 145-146.

que es definida, las visiones autoctonistas de los años setenta buscaban sobre todo dotar al territorio de una concreta entidad material y unos límites étnico-culturales precisos ya para los siglos V-IV a.C.,⁴² más teniendo en cuenta que es aquí donde siempre se ha entendido que tenía uno de sus epicentros principales, si no el que más, el tradicionalmente llamado “estilo simbólico” de Elche-Archena. No obstante, la tendencia hoy día –aunque no de manera exclusiva– es la de descartar que el hipotético espacio contestano perteneciera a una sola etnia o se hablara dentro de él una única lengua paleohispánica,⁴³ sino la de representarlo como una zona de realidades culturales híbridas y diversas, propias de un entorno colonial como es este, pues aquí, junto al componente indígena predominante, la presencia tanto de gentes fenicias y mercaderes helenos –primera mitad del I milenio a.C.– como de comerciantes púnicos, ebusitanos y cartagineses –desde el siglo VI a.C., pero con una especial incidencia durante el Ibérico Pleno (ca. 450-200 a.C.)– está cada vez mejor atestiguada gracias a los avances arqueológicos en yacimientos como La Fonteta, el Tossal de Manisses, el Tossal de les Basses, la necrópolis de L’Alfubere o la Illa dels Banyets, todos en la provincia de Alicante.⁴⁴

Si la conquista romana y el progresivo traslado en dirección este-oeste de las fronteras asociadas a ella moldean el escenario prioritario en el que se configuran los grupos étnicos ibéricos tal cual quedan recogidos, desde un punto de vista *etic*, en las fuentes de época romana, no es menos cierto que los intensos contactos coloniales durante el Hierro II bien pudieron haber favorecido el desarrollo de ciertos procesos etnogenéticos con anterioridad, más teniendo en cuenta que lo que en conjunto llamamos “cultura ibérica” tenía ya un desarrollo propio de unos tres siglos cuando las tropas de Cneo Escipión desembarcan en Ampurias en 218 a.C. Aunque fueron habituales hasta los años noventa de la centuria pasada, en relación a este tema, también parecen ya superados en la historiografía española los modelos de aculturación pasiva en donde las comunidades ibéricas en ciernes aparecían como meras receptoras de las transformaciones e influjos coloniales externos. Implique pasividad o no, el propio concepto de “aculturación” es cuanto menos matizado debido a su sesgo etnocéntrico, esto es, a su implícita unidireccionalidad, que sobredimensiona los préstamos y difumina el papel de la agencia local en el contacto y la transmisión intercultural.⁴⁵ De esta manera, el Ibérico Antiguo, en tanto período histórico, con sentido tanto cronológico como cultural, en el que por primera vez se puede adivinar con nitidez “lo ibérico” en la Andalucía oriental, el Levante y Cataluña, es en la actualidad entendido desde una óptica plural, resultado de múltiples fenómenos de contacto cultural en los que el rol de los grupos indígenas es siempre relevante.⁴⁶

⁴² Llobregat Conesa 1972; Uroz Sáez 1981.

⁴³ García Alonso 2021.

⁴⁴ Olcina Doménech 2005; Abad Casal 2009; Sala Sellés 2010; García Cardiel 2017. Un debate conocido aquí es si los materiales helenos hallados en yacimientos como La Fonteta (siglo VIII a.C.) son fruto exclusivo de la actividad fenicia o, en cambio, su presencia en este lugar se debe –al menos parcialmente– a la acción comercial griega. Al respecto, los argumentos favorables a la segunda opción aportados por Domínguez Monedero (2007, 338-339) nos parecen sólidos. En otro orden de cosas, es igualmente importante señalar que la dualidad Contestania = estilo Elche-Archena y Edetania = estilo Liria-Oliva está hoy del todo superada gracias a los múltiples trabajos de especialistas como Trinidad Tortosa. Por ejemplo, véase Tortosa Rocamora 2004.

⁴⁵ En esta línea, por ejemplo, Vives-Ferrándiz 2006, 31.

⁴⁶ Aranegui Gascó – Vives-Ferrándiz 2006.

Tanto Livio, mientras narra la campaña de Catón de 195 a.C. para sofocar el levantamiento hispano que había estallado dos años antes, como Estrabón, en su descripción de las costas al norte del río Ebro, dejan entrever una suerte de dualidad étnica en torno a *Emporion*.⁴⁷ Por lo general, estos dos pasajes se han tomado como el punto de partida para rastrear, en el espacio que en la actualidad se corresponde con el Ampurdán, la existencia de un grupo étnico definido, si no autoconsciente, ya para los siglos VI-III a.C., a partir precisamente del establecimiento de la colonia ampuritana por los foccos de *Massalia*. Dicho grupo étnico, de hecho, se ha identificado con el que en las propias fuentes de época imperial se conoce con el nombre de “indigetes” o “indicetes”.⁴⁸ A 15 km de *Emporion*, su centro político y económico sería el asentamiento de Ullastret, el único *oppidum* ibérico fortificado a gran escala antes del siglo III a.C. en todo el territorio peninsular. Desde el siglo V a.C. conoce un extraordinario desarrollo urbano, con calles empedradas, cisternas, edificios públicos y “casas aristocráticas”.⁴⁹ En este desarrollo, sin duda, algo tuvo que ver la presencia colonial, con la que también se ha relacionado de manera directa la aparición de amplios conjuntos de silos para el almacenamiento de grano, tanto en Ullastret como en el también cercano poblado de Mas Castellar de Pontós. A ello hay que añadir la presencia en ambos lugares de epígrafes y grafitos en ibérico con cronologías claramente previas a la llegada de Roma –siglos V-III a.C.–,⁵⁰ así como también la existencia de monedas –siglos II-I a.C.– con la leyenda *untikesken*, correspondiente a la ceca de *Emporion*, por lo que haría referencia explícita a una de las dos comunidades, la estrictamente nativa, que habitaban en la ciudad desde su fundación.⁵¹ Otros correlatos arqueológicos en los que se ha querido ver, con anterioridad al período romano, una identidad étnica diferencial desde la perspectiva *emic* en el “espacio indigete” serían sus cerámicas decoradas con pintura blanca y fuerte sabor ático y su ya referido característico hábitat,⁵² desembocando todo ello en su asimilación con los *misgetes* que mencionaría Hecateo.⁵³

Partiendo del ejemplo de los indigetes, la cuestión aquí, y a pesar de las ya habituales advertencias en torno a la idea de que la cultura material no funciona como marcador étnico automático,⁵⁴ no es la invalidez de las potenciales imágenes étnicas que se pueden desprender/construir tomando como referencia el registro arqueológico, sino la perspectiva inmovilista que implícitamente se asume, la cual no tiene lo suficientemente en cuenta ni las distintas circunstancias históricas ni lo cambiante y polimorfo de las (auto)afiliaciones étnicas ni siquiera, como ya

⁴⁷ Liv. 34.9; Str. 3.4.8

⁴⁸ Plin. *HN* 3.21; Ptol. *Geog.* 2.6.19; Sanmartí i Grego 2001.

⁴⁹ Padró Parcerisa – Sanmartí i Grego 1992, 191-192.

⁵⁰ Además de toda una serie de signos incisos sobre fragmentos cerámicos (destaca por su antigüedad *MLH* C.2.30 = *BDH* GI.15.34, con una cronología de mediados del siglo V a.C.), de Ullastret proceden tanto un plomo de 325-300 a.C. (*MLH* C.2.3 = *BDH* GI.15.04) como tres epígrafes pétreos (*MLH* C.2.1, C.2.2 y C.2.56 = *BDH* GI.15.01, GI.15.02 y GI.15.03). Respecto a los grafitos de Mas Castellar de Pontós, véase Ferrer i Jané *et alii* 2015-2016. Se ha planteado, no obstante, la posibilidad de que el idioma ibérico no fuera la lengua vernácula de las comunidades indígenas del noreste de la península ibérica, sino que, empleado únicamente en la escritura, este se impone con carácter vehicular una vez llega completamente conformado desde el sureste peninsular. Sobre dicha teoría, véase Hoz Bravo 1993. Contra el carácter vehicular del ibérico en la zona catalana, remitimos a Ferrer i Jané 2013.

⁵¹ García-Bellido – Blázquez Cerrato 2001, 387. *CNH* 141-151 = *MIB* 58.

⁵² Sobre las producciones cerámicas de Ullastret y su influencia ática, véase Codina Falgas *et alii* 2017.

⁵³ *THA* II A 23q.

⁵⁴ Ruiz Zapatero 2009.

apuntábamos arriba, las dificultades a la hora de interpretar las fuentes. Desde luego, aunque resulte atractivo y hasta cierto punto lógico buscar correspondencias étnicas en las informaciones literarias con que contamos, las contradicciones entre los textos romanos, con independencia del origen latino o heleno del autor, y los textos griegos más antiguos son en muchos casos evidentes. No han sido pocas las veces en que, de hecho, dichas correspondencias se han argumentado únicamente sobre razones homonímicas, como ocurriría entre los *esdetes* de Hecato y los *edetani* de Plinio y Ptolomeo.⁵⁵ Al margen de la homonimia, tal cual hemos visto al hablar de los indigetes, el criterio cronológico-territorial ha sido el más habitual cuando se ha querido relacionar los datos de las fuentes griegas con los de las romanas. De esta manera, a partir precisamente de Hecateo –al que por fin hemos llegado–, para el siglo VI a.C. ha sido frecuente defender la existencia de tres grandes agrupaciones étnicas a lo largo de la fachada marítima de la península ibérica: los iberos, los mastienos y los tartesios, con diferentes conjuntos étnicos menores en cada caso.⁵⁶

Sin embargo, atendiendo a lo que en puridad escribe Hecateo, según recoge en el siglo VI d.C. el compilador Esteban de Bizancio, no estaríamos ante tres entidades potencialmente étnicas, sino en todo caso ante dos: el de Mileto, junto a las menciones a “mastienos”⁵⁷ e “iberos”,⁵⁸ aporta los corónimos “Tarteso” y “Tartesia”, no el etnónimo “tartesios”.⁵⁹ De igual modo, “Iberia” también aparece como topónimo en dos ocasiones.⁶⁰ Dicho de otro modo, Tarteso en Hecateo es un nombre de lugar –como lo es también Iberia–, pero no constituye un *ethnos*, como sí sucedería con los mastienos y, a veces, los iberos. Leídas como un conjunto, las referencias que poseemos para reconstruir la descripción hecataica apuntan a que esta tiene sobre todo un carácter geográfico, o más bien político-geográfico, pero no cultural o específicamente étnico. Sobre el *ethnos*, es la ciudad –la polis– la entidad ordenadora que guía el relato de Hecateo, algo del todo acorde, por otro lado, con las propias coordenadas políticas que imperan en el mundo griego durante la época en que escribe nuestro logógrafo, cuyo *floruit* se situaría hacia el año 500 a.C.⁶¹ Es más, este carácter eminentemente político-geográfico de “Tarteso”, extensible también a “Iberia”, se mantiene en la historiografía helena de las décadas siguientes, como mostraría el ejemplo de Heródoto, cuyas menciones durante la primera mitad del siglo V a.C. a “Tarteso” y “los tartesios” –primera vez que aparece el etnónimo–,⁶² por el contexto narrativo en el que se producen, parecen aludir más que nada a una región del sur de la península ibérica, es esto, el territorio que se halla al otro lado de las Columnas de Heracles.⁶³ Con todo ello, y dejando necesariamente a un lado por cuestiones de espacio la discusión sobre la equiparación tartesios/Tarteso = fenicios/espacio de poblamiento fenicio que podría haberse dado ya a partir de los siglos siguientes,⁶⁴ se evidencia que, para el despliegue de interpretaciones de carácter étnico-identitario, las referencias escritas no son por sí mismas suficientes,

⁵⁵ *THA* II A 23m; Plin. *HN* 3.3.23; Ptol. *Geog.* 2.6.62.

⁵⁶ Ruiz Rodríguez – Molinos Molinos 1993, 241-243, fig. 84.

⁵⁷ *THA* II A 23d-g.

⁵⁸ *THA* II A 23k y n-q.

⁵⁹ *THA* II A 23h-i.

⁶⁰ *THA* II A 23j, l y o.

⁶¹ Ciprés Torres – Cruz Andreotti 1998.

⁶² Hdt. 1.163, 4.152 y 4.192.

⁶³ Con mayor profundidad: Álvarez Martí-Aguilar 2009.

⁶⁴ Álvarez Martí-Aguilar 2010.

incluso aunque aceptemos que se trata de visiones exógenas o tengamos en cuenta la variabilidad temporal de tales referencias, dado que no estamos ante relatos lineales que encuentran necesariamente acople entre sí a lo largo de los siglos y el territorio.⁶⁵

Esto es, de hecho, algo no del todo considerado en algunas interpretaciones étnicas de las últimas décadas. Así, pasando a esos grupos menores que antes mencionábamos sin dar nombres, y circunscribiéndonos a la zona estrictamente ibera, de sur a norte, en la bibliografía se le ha solido dar importancia a cinco: los *gimnetes*, los *sican(i)os*, los ya mencionados *esdetes*, los *ilaragautas* y los igualmente referidos *misgetes*.⁶⁶ Dando un salto en el tiempo, la cuestión aquí es que, en efecto, tanto estos etnónimos como los más arriba referidos han sido, en ocasiones, automáticamente vinculados a los que aparecen en época imperial, a partir, casi en exclusividad, como puede intuirse, de una relativísima coincidencia geográfica. De este modo, los turdetanos y túrdulos sustituirían a los tartesios, los bastetanos a los mastienos, los contestanos a los *gimnetes*, los edetanos –como se ha dicho– a los *esdetes*, los ilerjavones⁶⁷ de la actual Castellón a los *ilaragautas* y, por último, los indigetes a los *misgetes* –algo ya también explicitado–.⁶⁸ Ciertamente, entrados los años noventa, se acepta ya que la documentación literaria no es ni mucho menos homogénea y que estas variaciones nominales pueden esconder reajustes por causas internas o debido a la presencia de griegos, cartagineses y romanos, pero incluso así la imagen que de los grupos étnicos ibéricos se ha presentado casi siempre ha estado presidida por la uniformidad, con unos correlatos territoriales y políticos –estatales– bastante claros. Hoy, en cambio, podríamos decir que la investigación especializada, que además ha retomado el imprescindible trabajo de exégesis sobre los textos,⁶⁹ se muestra algo más crítica. Primero, por la dilatada distancia temporal de cinco centurias que separa unas denominaciones de otras. Y, en segundo lugar –reiteramos–, porque lo que se presupone detrás de tales representaciones son más o menos complejas asimilaciones étnico-territoriales que evolucionan progresivamente a lo largo de los siglos, pero en las que no se tiene en consideración cuestiones como la coexistencia, superposición e interseccionalidad identitaria, las posibilidades de diferentes grados de afiliación étnica dentro de una misma colectividad, las discontinuidades más que probables, la dificultad de definir límites étnicos y culturales nítidos en el mundo antiguo o la multiplicidad de significados que potencialmente adquiere cualquier elemento susceptible de operar como marcador étnico –material, discursivo, simbólico– en función del contexto, las coyunturas históricas y el interlocutor.⁷⁰

4. Memoria y reorientación hacia el pasado

En el mundo contemporáneo existen casos bien conocidos de grupos étnicos sin territorio efectivo –sí putativo–, bien por expulsión/rechazo por parte de otro grupo

⁶⁵ Moret 2004.

⁶⁶ *THA* II A 23j, m-n y q; Avien. *Ora* 422, 450-452, 464-469 y 479-485. No nos resistimos en este punto a remitir con insistencia al trabajo de González Ponce (1995) acerca de los problemas inherentes a la hora de aceptar a Avieno y su poema como fuente de datos tanto geográficos como etnográficos.

⁶⁷ Plin. *HN* 3.4.21; Ptol. *Geog.* 2.6.16 y 63.

⁶⁸ Abad Casal 1992; Ruiz Rodríguez – Molinos Molinos, 1993, 263-265, fig. 85; Ruiz Mata 1998.

⁶⁹ Moret 2017; Castro-Páez 2023.

⁷⁰ En profundidad sobre todo ello, véase Díaz-Andreu García 1998; Grau Mira 2012a.

étnico o, más en general, de un estado que no reconoce como asimilable su etnicidad –cosacos, circasianos del Cáucaso, rohinyás en Myanmar–, bien por movimientos migratorios, en muchos casos seculares, como muestra el ejemplo recurrente de las comunidades gitanas. Esto no tiene por qué ser extrapolable al mundo antiguo, pero sí sirve, al menos, para reconsiderar la idea comúnmente aceptada que sostiene que para que exista un grupo étnico en la Antigüedad debe, por necesidad, existir un territorio concreto, físico, materialmente constituido, sobre el que este se despliega,⁷¹ lo cual pone sobre la mesa del debate y la reflexión otro tipo de consideraciones, siempre complementarias, a la hora de analizar e interpretar los fenómenos étnicos del pasado peninsular. En este sentido, “lo étnico” a partir del siglo II a.C. en el espacio ibérico, al igual que ocurre en otros ambientes del Mediterráneo, empezando por Roma, soporta bien un estudio desde perspectivas que asumen, ante todo, que su emergencia en tanto fenómeno histórico y situado, partiendo o no de una realidad étnico-cultural anterior constatable, tiene mucho que ver con la nostalgia, la memoria y la ostentación. Dicho con otras palabras, la etnicidad en el mundo antiguo y protohistórico de la península ibérica también está estrechamente vinculada a la recreación del pasado desde el presente, ya como horizonte utópico, ya como forma de cohesión comunitaria, ya como vía particular de integración, legitimación y adquisición de prestigio/honor en el nuevo marco romano, así como además, buscando objetivos similares, a la conservación, recreación y puesta en valor de la tradición –religiosa, lingüística, cultural–. De hecho, en todo el mundo mediterráneo no fueron pocas las comunidades locales conquistadas, con sus élites al frente, que conscientemente recurren a leyendas y tradiciones propias, autóctonas, con asiduidad reinventadas, de cara a allanar el camino de su “conversión” en romanas.⁷²

En realidad, de todos los elementos constitutivos a lo largo de los siglos V-III a.C. de las culturas y sociedades ibéricas, el único que en verdad debía adecuarse completamente al contexto político que imponen los romanos, basado en la *civitas*, era el *oppidum*.⁷³ De mayores dimensiones y más densos en la zona sur de Iberia que en la septentrional, que el topónimo de algunos de los *oppida* más importantes, aquellos en torno a los cuales se supone acabaron consolidándose durante el Ibérico Pleno determinadas estructuras estatales, sirviera ulteriormente como base principal para la etnonimia romana –*Basti*/bastetanos, *Edeta*/edetanos, *Kese*/cesetanos, *Ausa*/ausetanos– sería, de ocurrir en efecto así, la prueba más clara de que Roma prioriza la ciudad, y no el territorio, como factor central en la organización del espacio conquistado. Sea como fuere, tras la conquista, aunque el mundo ibérico en su conjunto experimenta, como el resto de la península ibérica, importantes cambios, lo cierto es que, como ya apuntamos, la continuidad, o en todo caso la mezcla y la negociación, emergen sobre la desaparición o el total reemplazo.

⁷¹ Desde la teoría, dos son los elementos constitutivos imprescindibles para que se conforme una identidad étnica, esto es, para que un grupo étnico sea consciente de serlo: un origen común y una historia compartida, es decir, la idea de poseer un mismo pasado, en general entendido como único y exclusivo. Hay autores que, en efecto, individualizan la posesión de un territorio específico como tercer componente a considerar, aunque este no tiene por qué poseerse *de facto* y, además, es siempre un elemento subsidiario de los dos anteriores (Shennan 1989; Hall 2002, 9). Como el propio territorio, sobre ambos elementos descansarían el resto de rasgos complementarios de la etnicidad, desde la solidaridad intergrupal a la reivindicación de una cultura, una lengua y unas tradiciones propias y distintivas. Para mayor extensión, remitimos a Cruz Andreotti – Machuca Prieto 2022, 45-47.

⁷² Woolf 1998; Derks – Roymans 2009; Galinsky – Lapatin 2015.

⁷³ Aranegui Gascó 2012, 322.

Por ejemplo, si atendemos a lo que ocurre en el valle medio del río Ebro, la situación aquí a partir del siglo II a.C. puede ser perfilada como de “síntesis”. De por sí, se trata de un territorio ya muy diverso desde los puntos de vista cultural y lingüístico antes de la llegada de Roma, pues en él confluían comunidades ibéricas, indoeuropeas y pirenaicas. Con independencia de ello, o puede en realidad que por ello mismo, los múltiples trabajos de Francisco Beltrán Lloris sobre esta zona limítrofe permiten concluir que lo que acontece aquí durante el siglo II a.C. no es la substitución del componente autóctono por el romano, sino, efectivamente, una reconfiguración de elementos de ambos contextos, lo cual no significa ausencia de transformaciones, antes al contrario: significa, desde el punto de vista de los nativos, el que aquí más interesa, que las novedades constatadas en el seno de sus sociedades –por ejemplo, el desarrollo de la cultura epigráfica, la introducción de la moneda o el incremento urbano– experimentan no pocas reelaboraciones.⁷⁴ De los tres espacios que configurarían el valle medio del Ebro, ello se observa particularmente bien, y sobre todo en lo tocante a la epigrafía –basada en modelos de inspiración romana, pero de filiación indígena– en la zona ibérica, aquella donde luego Lépidio fundará la colonia cesariana de *Celsa* (Velilla del Ebro, Zaragoza) hacia el año 44 a.C. y que Estrabón describe con cierto detalle, habida cuenta de que es un área de importante presencia itálica ya para los años finales de la República, además de un foco primordial para el desarrollo de la conquista durante la centuria anterior.⁷⁵ Aquí encontramos las dos únicas cecas que acuñan monedas bilingües –mediados del siglo I a.C.– en todo el valle: *Kelse* –de la que indudablemente toma el nombre la colonia arriba referida, aunque sin núcleo urbano todavía identificado a ciencia cierta– y *Usekerte-Osicerda* (La Puebla de Híjar, Teruel).⁷⁶

Se trata de emisiones breves, muy notoriamente en el segundo de los casos, y estarían relacionadas con el contexto de guerra civil entre César y Pompeyo, por lo que la principal finalidad que con estas piezas se perseguía no debió de ser otra que la de mostrar adhesión a uno u otro bando. Ello se logra incorporando el nombre latino de la comunidad que las acuña, pero, a la vez, sin abandonar su primigenio sistema de escritura ni, en el caso particular de *Kelse*, sus tipos más característicos, aquellos que muestran cabeza masculina rodeada de delfines a derecha en anverso y jinete con palma en reverso. Lo cierto es que estas iconografías, con variaciones diversas –a veces, una lanza sustituye a la palma, o los delfines no aparecen y sí un manto sobre los hombros–, llevaban más de un siglo funcionando a modo de emblema comunitario, no sólo en *Kelse*, sino también en otras cecas ibéricas de la Citerior, caso de *Iaka*, *Iltirkesken*, *Auseşken*, *Iltirta* u *Otobeşken*. Se trata de tipos iconográficos que, más allá de la amplia difusión que alcanzan por todo el Mediterráneo, actúan aquí como marca distintiva de identidad local. Una conocida hipótesis de Martín Almagro-Gorbea sostiene que la cabeza varonil representa una suerte de “divinidad etno-poliádica”, mientras que el jinete es trasunto de un héroe fundador y protector, un *heros equitans Hispanus*.⁷⁷ Si reforzamos esta idea, independientemente de

⁷⁴ Por ejemplo, Beltrán Lloris 2003, 2006 y 2017.

⁷⁵ Str. 3.4.10.

⁷⁶ Acerca de *Kelse*, Ptolomeo dice que es *ilergete* (Ptol. *Geog.* 2.6.67). Sobre su viable localización en Azaila, véase Burillo Mozota 2015. Para ambas cecas, remitimos a García-Bellido – Blázquez Cerrato 2001, 234 y 399. Las leyendas bilingües de *CEL(sa)/kelse* y *OSI(cerda)/usekerte* a las que aludimos se corresponden, respectivamente, con CNH 224.17 = MIB 69/29 y CNH 148.1-2 = MIB 74/1a-c.

⁷⁷ Almagro-Gorbea 1995.

su contenido específico, con las imágenes que aparecen en las monedas que para estas mismas fechas –siglos II y I a.C.– se están acuñando en la Ulterior,⁷⁸ de lo que no cabría duda es de que estas representaciones de las que ahora tratamos serían un reflejo más o menos fiel de una cosmovisión compartida y una mitología propia entre las comunidades que las emiten, cuyas élites recurrirían a ellas, como normalmente se acepta, para reafirmar sus posiciones sociales y legitimar su poder, a modo de “bandera étnica” preservadora y, al tiempo, cohesionante –el basamento de la etnicidad, sí, es cultural, pero su proyección es (casi) siempre política–. Lo más interesante es que ello no ocurre contra Roma, sino, como sabemos, dentro de Roma. De hecho, se ha llegado a defender que la iconografía del “jinete ibérico” es introducida en la Citerior por los propios romanos, a partir de modelos griegos de Sicilia.⁷⁹

Siguiente esta línea, la historiografía reciente ha sostenido que las narraciones míticas que aparecen representadas en la iconografía vascular, así como la reviviscencia de prácticas rituales en santuarios como el de Torreparedones (Baena, Córdoba), Castulo o Las Atalayuelas (Fuente del Rey, Jaén), son un buen ejemplo no sólo de procesos de recreación memorística y del pasado entre las comunidades del Ibérico Tardío (ca. 200/150-50 a.C.), sino una muestra perfectamente posible de la existencia de fenómenos étnicos vivos entre las poblaciones ibéricas una vez entran en contacto con Roma.⁸⁰ Esta es la línea que, de hecho, prima hoy en la investigación especializada que tiene como campo de estudio preferente la decoración figurada de los estilos tradicionalmente conocidos como “narrativo” de Liria-Oliva y “simbólico” de Elche-Archena, el primero más antiguo que el segundo –siglos III-I y II-I a.C. respectivamente–. Tales designaciones, en cualquier caso, han caído ya en desuso, no sólo por la constatación de nuevas esferas estilísticas y centros productivos diferenciados,⁸¹ sino porque la propia extensión de la cerámica figurativa ibérica abarcaría un ámbito geográfico mucho mayor, llegando precisamente hasta el sur del Ebro. Aquí, no obstante, se sigue individualizando con una cronología de los siglos II-I a.C. el llamado “estilo Azaila-Alcorisa”, en pleno Bajo Aragón, y caracterizado también por una profusa decoración narrativa donde las escenas humanas se armonizan con motivos faunísticos y vegetales, con cierto gusto romano-helenístico.⁸² Sin entrar en mucho detalle, las imágenes de todas estas cerámicas, como se revela, por ejemplo, en los múltiples vasos de guerreros procedentes de los yacimientos de Murcia, Alicante y Valencia –Archena, El Cigarralejo, La Serreta, Liria, Castellar de Oliva– o en los *kalathoi* del Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel), muestran un gran componente heroico y/o religioso, con connotaciones simbólicas tanto masculinas como femeninas, reflejado ello mediante figuras de jinetes, monstruos, animales fantásticos, aves y escenas de combates, desfiles o danzas, elementos que no en todos los casos hallamos en las representaciones ibéricas de corte aristocrático

⁷⁸ Mora Serrano – Cruz Andreotti 2012; Mora Serrano 2012.

⁷⁹ García-Bellido 1993.

⁸⁰ Aranegui Gascó 2012, 321-326; Grau Mira – Rueda Galán 2014.

⁸¹ De hecho, para el área contestana, a partir de la excavación de la necrópolis de Poble Nou de Villajoyosa, en la comarca alicantina de la Marina Baja, se ha identificado recientemente un nuevo estilo pictórico con decoraciones simbólicas de cronología tardía (mediados del siglo II y primera mitad del I a.C.). Este nuevo estilo se ha relacionado de manera directa con la intensa presencia romana en la zona desde el siglo II a.C. y, más en concreto, con las actividades político-militares de Sertorio, quien tuvo en *Dianium*, actual Denia, una de sus plazas fuertes. Al respecto, véase: Pérez Blasco 2011.

⁸² Sanmartí i Grego 2007.

más antiguas –piénsese, por ejemplo, en los monumentales complejos escultóricos jienenses de Porcuna y El Pajarillo, del siglo IV a.C.–.⁸³

Por tal razón, aunque parece evidente que las élites locales receptoras de estos recipientes no renuncian a sus claves tradicionales, este sistema de imágenes, basado en una memoria propia, se considera una novedad, en parte por la cada vez mayor penetración de ideas, formas y discursos romano-helenísticos, en parte porque, como respuesta adaptativa a esto mismo, se crean nuevos mitos bajo coordenadas que sin violencia pueden leerse como de reorientación identitaria hacia el pasado.⁸⁴ Más específicamente, en este cambio de sentido de las escenas vasculares se ha querido ver también una alteración de las propias concepciones ideológicas de las aristocracias ibéricas de lo que con posterioridad será la Contestania, una vez que tales aristocracias quedan integradas en las estructuras de dominio de la *Urbs* y su poder pasa, en realidad, a ser delegado gracias a la aceptación de la *maiestas* romana: por ello, los grupos dirigentes ibéricos dejan de presentarse como guerreros en sí mismos para comparecer como paladines o héroes que defienden a la comunidad del mal sobrenatural y las bestias de la naturaleza, representadas bajo el arquetipo del lobo, figura que, tomada de la pretérita tradición ibérica, se vuelve en época romana ciertamente habitual.⁸⁵ Puede concluirse, de este modo, que la historiografía sobre el mundo ibérico entiende hoy que Roma trae consigo a partir del siglo II a.C. cambios que van mucho más allá de la simple modificación de estilos, generando no sólo una reconfiguración de identidades, sino igualmente inoculando la necesidad, entre las élites locales, de encontrar mecanismos de cohesión para sus comunidades e instrumentos de legitimación de cara a reforzar sus propias posiciones sociales. Como estamos viendo, para ello se acude a la puesta en circulación de unos nuevos códigos étnico-simbólicos, los cuales adquieren todo su sentido a partir de la emergencia o construcción de una memoria propia y particular. Sin embargo, esta memoria, para que de verdad funcionase, es decir, para que fuera operativa a sus propósitos, debía a la vez quedar perfectamente acoplada –en cuanto a fórmulas, estructuras y referentes cosmológicos– al marco político, cultural e ideológico de matriz helenística que en todo el ámbito mediterráneo se había ya convertido en hegemónico por acción del imperialismo romano.

Este esquema ayuda a entender mucho mejor la aparición, ya en pleno período romano, de la leyenda que otorgaba un origen griego a *Arse-Saguntum*. Así, según recogen varios autores a partir de época de Augusto, la ciudad habría sido fundada por colonos de la isla de Zacinto junto a algunos rútilos de la lacial *Ardea* antes de la guerra de Troya.⁸⁶ Silio Itálico añade que la urbe debía su nombre, efectivamente, al allí enterrado héroe epónimo Zacinto, quien acompañaba a Heracles en su viaje de regreso a tierras griegas tras dar muerte a Gerión, siendo el tebano quien levantara sus murallas.⁸⁷ De hecho, se ha querido ver un trasunto de este segundo mito en algunas de las más tempranas acuñaciones de la ceca de *Arse*, en todo caso posteriores a 206 a.C.⁸⁸ Al margen de la más que posible presencia helena en *Arse-Saguntum* tanto antes

⁸³ Tortosa Rocamora 2003.

⁸⁴ Olmos Romera 2000.

⁸⁵ García Cardiel 2014.

⁸⁶ Liv. 21.7.1-2; Plin. *HN* 16.216; App. *Hisp.* 7.

⁸⁷ Sil. 1.271-275.

⁸⁸ Nos referimos, siguiendo la ordenación realizada por M.^a P. García-Bellido y C. Blázquez Cerrato, a las monedas de las emisiones cuarta a décima, incluidas en la segunda serie de la ceca, con cronología de 206-175 a.C. *Vid.*

como después de esta fecha, la vinculación entre ambas ciudades radicaría en una cuestión de homonimia entre *Zákynthos* y *Saigantha*, topónimo que aparece en la carta comercial del plomo emporitano de L'Escala (ca. 540 a.C.) y que podría corresponder a la designación propiamente griega de la ciudad.⁸⁹ Sea como fuere, lo que parece bastante claro es que la leyenda que vincula de forma específica a *Arse-Saguntum* con Zacinto es una invención romana, con tintes propagandísticos para justificar la guerra contra Cartago y, de manera complementaria, aportar una explicación razonable a la doble toponimia ibérica y latina.⁹⁰ En el camino, tal invención otorgó a la comunidad saguntina, siempre próxima a Roma, un origen étnico revestido de una pátina de prestigiosa antigüedad y honorable helenidad, lo que, sin duda, contribuyó a su particularización en el contexto de la comunidad imperial romana.

Vemos que la emergencia de una identidad étnica, o de elementos étnicos de identidad, va unida a la recuperación/recreación de una memoria colectiva común, anclada en el pasado vernáculo, pero proyectada hacia el presente romano.⁹¹ Entrando ya con los últimos ejemplos, en el mundo ibérico tardío todo ello se vería igualmente con cierta claridad en los santuarios, tal cual apuntábamos más arriba, y que en casos como los de Torreparedones, Las Atalayuelas o La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), no parece erróneo asimilar a auténticos *lieux de mémoire*.⁹² En general, como se desprende de la actual bibliografía arqueológica, bastante extensa a la par que profusa, los santuarios ibéricos sufren distintas modificaciones estructurales a partir del período romano —el último de los mencionados, por citar un caso conocido, experimentará a fines del siglo II a.C. una gran monumentalización—, pero ello, sin embargo, no se traduce en un abandono de las tradiciones y cultos previos, ni siquiera, en la mayor parte de los casos, de la ritualidad vernácula, que sí puede, en todo caso, sufrir reelaboraciones.⁹³

De esta forma, frente a los planteamientos de los años setenta y ochenta que atendían de un modo claramente explícito a una ruptura con la religiosidad ibérica anterior o, como mucho, a los intensos fenómenos de sincretismo, pero siempre subrayando el temprano y fuerte peso de “lo romano”, el panorama que en la actualidad dibuja la viva historiografía sobre la cultura y religión ibéricas es ya bastante más complejo, entroncando de lleno, además, con las nuevas visiones sobre la historicidad, fluidez y flexibilidad de los fenómenos étnicos en la Antigüedad. Así, la tendencia hoy es no sólo a remarcar la nitidez con la que se percibe la continuidad del sustrato religioso ibérico, que incluye en algunos casos fuertes influencias fenicio-púnicas previas —aquí el santuario periurbano de Torreparedones es paradigmático—, sino a incidir en que en ello subyacería una constante reivindicación de la memoria de los ancestros y los orígenes. Tal cosa da pie a pensar, al menos para el sureste peninsular, que los espacios sacros que tienen continuidad o se reactivan durante el Ibérico Tardío también contribuyeron en gran medida a lo largo de los dos últimos siglos republicanos a generar/fijar pautas y discursos comunes étnico-identitarios de cohesión social. Y, en cierta medida, finalmente, la variabilidad y diversidad étnica que muestran desde su propia perspectiva exógena las fuentes grecorromanas de

García-Bellido – Blázquez Cerrato 2001, 37 y 39-41.

⁸⁹ Domínguez Monedero 2011-2012.

⁹⁰ Sánchez González 1997.

⁹¹ Elsner (2001) define este fenómeno como “*a-past-oriented-identity*”.

⁹² Marco Simón 2013.

⁹³ Rueda Galán *et alii* 2005; Brotóns Yagüe – Ramallo Asensio 2017; Morena López 2018.

época imperial bien puede ser un parcial reflejo de todo el conjunto de factores que hemos ido recogiendo, los cuales no hablan tanto de un mantenimiento consciente de elementos culturales y de la perduración de etnicidades multiseculares como de su recreación, reelaboración o reconstrucción dentro de una realidad contextual totalmente nueva que, como muestra el discurso historiográfico hoy, no puede ni debe entenderse apartando a Roma.

5. Una nota de cierre

En este trabajo no hemos tratado de hacer un simple recorrido historiográfico acerca de cómo se afrontan hoy las problemáticas históricas en torno a la identidad étnica en el área ibera. Los párrafos precedentes recogen también nuestras reflexiones sobre el tema, nuestras inclinaciones hacia el mismo e incluso no poco grado de interpretación propia. No se ha buscado tampoco, por otra parte, un tratamiento pormenorizado de todas las múltiples aristas que la cuestión encierra, por implicar ello una dedicación de espacio que excede, se comprenderá, el consignado para un texto de síntesis como es precisamente este. Sí hemos querido, en cambio, examinar y constatar hacia dónde se encamina la investigación especializada hoy, partiendo, sea como fuere, de una sólida base teórica, metodológica y práctica que, en el caso español, indudablemente tiene un hito fundamental –ojalá repetible– en la reunión del año 1989 sobre paleoetnología de la península ibérica que referimos al principio y de cuyas actas, publicadas tres años después, bien nos hemos servido para la confección del presente trabajo.

Dicho esto, hemos dejado constancia, creemos, de que buena parte de la producción historiográfica actual acerca de la configuración étnica en el seno del mundo ibérico acepta claramente que el papel jugado por Roma en dicho proceso es básico y central. En este sentido, la principal conclusión que encierran las páginas anteriores es la siguiente: Roma no funcionó como un rodillo aplastante que cercenó identidades y culturas a lo largo y ancho de la península ibérica, ni la conquista tuvo un efecto homogeneizador. Muy al contrario, es el alcance de la comunidad imperial “global” romana, en su decantación local, lo que permite la eclosión de determinadas identidades étnicas en el territorio provincial, no con el objetivo de tensionar y/o oponerse de manera abierta al poder dominante, sino justamente con la finalidad de encajarse en él mediante la puesta en valor de la especificidad propia a través de unas actitudes más o menos nostálgicas basadas en la diferencia y en “lo particular”. Poco lugar deja esta idea, por fortuna, para seguir “esencializando” el antiguo pasado peninsular, ni en el ámbito académico ni en los campos que hay fuera de él.

6. Referencias bibliográficas

Abad Casal, L.

(1992): “Las culturas ibéricas del área suroriental de la Península Ibérica”, *Complutum* 2-3, 151-166.

(2003): “El tránsito funerario. De las formas y ritos ibéricos a la consolidación de los modelos romanos”, [en] L. Abad Casal (ed.), *De Iberia in Hispaniam: la adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, Alicante, 75-100.

- (2009): “Contestania, griegos e iberos”, [en] M. Olcina Doménech – J. J. Ramón Sánchez (eds.), *Huellas griegas en la Contestania Ibérica*, Alicante, 20-29.
- Adroher Auroux, A. M.^a (2008): “La Bastetania arqueológica. Estado de la cuestión”, [en] A. M.^a Adroher Auroux – J. Blánquez Pérez (eds.), *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, vol. 1, Madrid, 211-246.
- Almagro-Gorbea, M. (1995): “La moneda hispánica con jinete y cabeza varonil: ¿tradición indígena o creación romana?”, *Zephyrus* 48, 235-266.
- Almagro-Gorbea, M. – Ruiz Zapatero, G. (1992): “Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro”, *Complutum* 2-3, 469-500.
- Álvarez Martí-Aguilar, M.
 (2009): “Identidad y etnia en Tartesos”, *Arqueología Espacial* 27, 72-112.
 (2010): “Tartesos: un etnónimo de la Iberia púnica”, *Mainake* 32/1, 395-406.
- Aranegui Gascó, C. (2012): *Los iberos ayer y hoy; arqueologías y culturas*, Madrid.
- Aranegui Gascó, C. – Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (2006): “Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central”, [en] M. C. Belarte Franco – J. Sanmartí i Grego (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental* (=Arqueo Mediterrània 9), Barcelona, 89-107.
- Arévalo González, A. (1999): *La ciudad de Obulco: sus emisiones monetales*, Sigüenza.
- Beltrán Lloris F.
 (2003): “La romanización temprana en el valle medio del Ebro (siglos II-I a.E.): una perspectiva epigráfica”, *Archivo Español de Arqueología* 76, 179-191.
 (2004): “*Nos Celtis genitos et ex Hiberis*. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia”, [en] Cruz Andreotti – Mora Serrano (coords.), 2004, 24-55.
 (2006): “El valle medio del Ebro durante el período republicano: de *limes* a *conuentus*”, [en] G. Cruz Andreotti – P. Le Roux – P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica I. La época republicana*, Málaga, 217-240.
 (2012): “Roma y la epigrafía ibérica sobre piedra del noreste peninsular”, *Palaeohispanica* 12, 9-30.
 (2017): “Acerca del concepto de romanización”, [en] Tortosa Rocamora – Ramallo Asensio (eds.), 2017, 17-26.
- Bendala Galán, M (1987): “La cultura en la Hispania romano-republicana. Cuestiones generales”, [en] *Historia General de España y América*, vol. 1/2, Madrid, 569-594.
- Bonet Rosado, H. – Mata Parreño, C. (2008): “Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión”. [en] D. Bernal Casasola – A. Ribera i Lacomba (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Cádiz, 147-169.
- Brotons Yagüe, F. – Ramallo Asensio, S. F. (2017): “Continuidades y cambios en los santuarios ibéricos del Sureste de Iberia: los templos *in antis* del Cerro de los Santos y del Cerro de la Ermita de la Encarnación”, [en] Tortosa Rocamora – Ramallo Asensio (eds.), 2017, 93-106.
- Burillo Mozota, F. (2015): “Las monedas de *kelse*-CEL, una acuñación cesariana”, [en] I. Aguilera Aragón – F. Beltrán Lloris – M.^a J. Dueñas Jiménez – C. Lomba Serrano – J. Á. Paz Peralta (eds.), *De las ánforas al museo: estudios dedicados a Miguel Beltrán Lloris*, Zaragoza, 213-224.
- Cardete del Olmo, M.^a C. (2009): “Construcciones identitarias en el mundo antiguo: arqueología y fuentes literarias. El caso de la Sicilia Griega”, *Arqueología Espacial* 27, 29-46.
- Castro-Páez, E. (2023): *De Tartesos a Hispania: geografía y etnografía en la literatura greco-latina*, Barcelona.

- Chaves Tristán, F. (2000): “Moneda, territorio y administración. Hispania Ulterior: de los inicios de la conquista al final del siglo II a.C.” [en] *Moneda i administració del territori: IVº Curs d’Història monetària d’Hispania*, Barcelona, 9-35.
- Ciprés Torres, P. – Cruz Andreotti, G. (1998): “El diseño de un espacio político. El ejemplo de la Península Ibérica”, [en] A. Pérez Jiménez – G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, 107-145.
- Codina Falgas, F. – Martín i Ortega, A. – Prado Cordero, G. de (2017): “La influencia de la cerámica ática en las producciones del período ibérico pleno en Ullastret”, [en] X. Aquilué Abadías – P. Cabrera Bonet – M. Orfila Pons (eds.), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés: cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017)*, Barcelona, 150-162.
- Cruz Andreotti, G. (2007): “Bastetania”, [en] G. Cruz Andreotti – M. V. García Quintela – J. Gómez Espelosín (eds.), *Estrabón: Geografía de Iberia*, Madrid, 329-331.
- Cruz Andreotti, G. – Mora Serrano, B. (coords.), (2004), *Identidades étnicas - Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Málaga.
- Cruz Andreotti, G. – Machuca Prieto, F. (2022): *Etnicidad, identidad y barbarie en el mundo antiguo*, Madrid.
- Derks T. – Roymans, N. (eds.), (2009): *Ethnic Constructs in Antiquity: The Role of Power and Tradition*, Amsterdam.
- Díaz-Andreu García, M. (1998): “Ethnicity and Iberians: The Archaeological Crossroads between Perception and Material Culture”, *European Journal of Archaeology* 1/2, 199-218 (<https://doi.org/10.1177/146195719800100204>).
- Domínguez Monedero, A.
 (2007): “Los griegos en Iberia”, [en] E. Sánchez-Moreno (coord.), *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica*, vol. I: *las fuentes y la Iberia colonial*, Madrid, 317-402.
 (2011-2012): “Sagunto, el *emporion* de Arse, punto de fricción entre las políticas de Roma y Cartago en la península ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 37-38, 395-417.
- Elsner, J. (2001): “Cultural resistance and the visual image: the case of Dura Europos”, *Classical Philology* 96/3, 269-304.
- Estarán Tolosa, M.^a J.
 (2016): *Epigrafía bilingüe del Occidente romano: el latín y las lenguas locales en las inscripciones bilingües y mixtas*, Zaragoza.
 (2019): “La elección lingüística en la moneda, ¿un marcador de identidades? Casos de incoherencia entre las leyendas monetarias y el registro epigráfico”, *Archivo Español de Arqueología* 92, 173-189 (<https://doi.org/10.3989/aespa.092.019.009>).
- Fernández Götz, M. A. (2008): *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Noia.
- Ferrer Albelda, E. – Prados Pérez, E. (2001-2002): “Bastetanos y bástulo-púnicos. Sobre la complejidad étnica del sureste de Iberia”, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 17, 273-282.
- Ferrer i Jané, J. (2013): “Los problemas de la hipótesis de la lengua ibérica como lengua vehicular”, *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas* 13, 115-158.
- Ferrer i Jané, J. – Asensio Vilaró, D. – Pons i Brun, E. (2015-2016): “Novetats epigràfiques ibèriques dels segles V-IV aC del Mas Castellar (Pontós, Alt Empordà)”, *Cypsela* 20, 117-139.
- Galinsky, K. – Lapatin, K. (eds.), (2015), *Cultural memories in the Roman Empire*, Los Angeles.
- García Alonso, J. L. (2021): “Contestania en contexto”, [en] J. A. González Iglesias – J. Méndez Dosuna – B. M.^a Prósper Pérez (eds.), *Curiositas nihil recusat: studia Isabel Moreno Ferrero dicata*, Salamanca, 157-178.

García-Bellido y García de Diego, M.^a Paz

(1982): *Las monedas de Cástulo con escritura indígena: historia numismática de una ciudad minera*, Barcelona.

(1993): “Origen y función del denario ibérico”, [en] F. Heidermanns – H. Rix – E. Seebold (eds.), *Sprachen und Schriften des Antiken Mittelmeerraums*, Innsbruck, 97-115.

García-Bellido y García de Diego, M.^a Paz – Blázquez Cerrato, M.^a C. (2001): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos II. Catálogo de cecas y pueblos*, Madrid.

García Cardiel, J.

(2014): “El combate contra el mal: imaginarios locales de poder a través de la conquista romana en el levante ibérico”, *Complutum* 25/1, 159-175 (https://doi.org/10.5209/rev_CMPL.2014.v25.n1.45361).

(2017): “La Contestania ibérica frente a Cartago: fenómenos regionales y respuestas locales”, *Gerión* 32/2, 401-425 (<https://doi.org/10.5209/GERI.59917>).

(2021): “Un enclave fronterizo entre las provincias hispanas: la difícil definición de la Bastetania y la identidad étnica bastetana en el s. II a.C.”, *Gerión* 39/1, 95-124 (<https://doi.org/10.5209/geri.74784>).

García Fernández, F. J. (2012): “Tartesios, túrdulos, turdetanos. Realidad y ficción de la homogeneidad étnica de la Bética romana”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 691-734.

González Ponce, F. J. (1995): *Avieno y el periplo*, Écija.

Grau Mira, I.

(2005): “Espacios étnicos y políticos en el área oriental de Iberia”, *Complutum* 16, 105-123.

(2012a): “Límite, confin, margen, frontera... conceptos y nociones de la Antigua Iberia”, [en] F. Prados Martínez – I. García Jiménez – G. Bernard (eds.), *Confines: el extremo del mundo durante la Antigüedad*, Alicante, 23-48.

(2012b): “Reajustes de las comunidades ibéricas y estrategias de dominio territorial romano en el área oriental de Iberia”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 143-172.

Grau Mira, I. – Rueda Galán, C. (2014): “Memoria y tradición en la (re)creación de la identidad ibérica: reviviscencia de mitos y ritos en época tardía (ss. II-I a.C.)”. [en] T. Tortosa Rocamora (ed.), *Diálogo de identidades: bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s.III a.C.-s.I d.C.)* (=Anejos de *AEspA* 72), Mérida, 101-121.

Hall, J. (2002): *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, Chicago.

Hanscam, E. (2019): “Postnationalism and the Past: The Politics of Theory in Roman Archaeology”, *Theoretical Roman Archaeology Journal* 2/1, 3 (<https://doi.org/10.16995/traj.370>).

Hoz Bravo, J. de.

(1993): “La lengua y la escritura ibérica y las lenguas de los iberos”, [en] J. Untermann – F. Villar Liébana (eds.), *Lengua y cultura en Hispania prerromana: actas del Vº Coloquio sobre lenguas y culturas de la Península Ibérica*, Salamanca, 635-666.

(2011a): *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad II. El mundo ibérico prerromano y la indoeuropeización*, Madrid.

(2011b): “Polibio, los edetanos y algunos problemas onomásticos”, [en] M.^a José García Blanco – M.^a Teresa Amado Rodríguez – M.^a José Martín Velasco – A. Pereiro Pardo – M. E. Vázquez Buján (eds.), *Ἀντιόπορ: homenaje a Juan José Moralejo*, Santiago de Compostela, 207-214.

Johnston, A. C. (2017): *The Sons of Remus: Identity in Roman Gaul and Spain*, Cambridge (Mass.).

Jiménez Díez, A.

(2002): “Necrópolis de época republicana en el Mediodía peninsular: “Romanización” y sentimientos de identidad étnica”, [en] D. Vaquerizo Gil (ed.), *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*, vol. 1, Córdoba, 217-231.

(2008): “A Critical Approach to the Concept of Resistance: New ‘Traditional’ Rituals and Objects in Funerary Contexts of Roman Baetica”, [en] C. Fenwick – M. Wiggins – D. Wythe (eds.), *TRAC 2007: Proceedings of the Seventeenth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*, Oxford, 15-30.

Keay, S. – Terrenato, N. (eds.), (2001): *Italy and the West: Comparative Issues in Romanization*, Oxford.

Kohl, P. L. – Kozelsky, M. – Ben-Yehuda, N. (eds.), (2007): *Selective Remembrances: Archaeology in the Construction, Commemoration, and Consecration of National Pasts*, Chicago (<http://doi.org/10.7208/chicago/9780226450643.001.0001>).

Llobregat Conesa, E. (1972): *Contestania ibérica*, Alicante.

Machuca Prieto, F.

(2014): “Viejos problemas, nuevos enfoques: las aportaciones de la teoría poscolonial al estudio de la Antigüedad”, *Revista de Historia Autónoma* 4, 33-46.

(2019): *Una forma fenicia de ser romano: identidad e integración de las comunidades fenicias de la Península Ibérica bajo poder de Roma*, (=SPAL Monografías 29), Sevilla.

Marco Simón, F. (2013): “Ritual y espacios de memoria en la Hispania Antigua”, *Palaeohispanica* 13, 137-165.

Maya González, J. L. – Barberà i Farras, J. (1992): “Etnogénesis y etnias prerromanas en Cataluña”, *Complutum* 2-3, 167-184.

Mesckell, L. (2002): “The Intersections of Identity and Politics in Archaeology”, *Annual Review of Anthropology* 31, 279-301 (<https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.31.040402.085457>).

Mora Serrano, B. (2012): “Moneda e identidades en las amonedaciones de la *Uterior-Baetica*: zonas nucleares y periferias”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 735-769.

Mora Serrano, B. – Cruz Andreotti, G. (2012): “Ethnic, cultural and civic identities in Ancient Coinage of the Southern Iberian Peninsula (3rd C. BC - 1st C. AD)”, [en] F. López Sánchez (ed.), *The City and the Coin in the Ancient and Early Medieval Worlds* (=BAR International Series 2402), Oxford, 1-15.

Morena López, J. A.

(2018): *Sincretismo religioso, prácticas rituales y sanación en el santuario iberromano de Torreparedones (Baena, Córdoba)*, Baena.

(2020): “Las necrópolis romanas de Torreparedones (Baena, Córdoba): análisis historiográfico y arqueológico”, [en] A. B. Ruiz Osuna (ed.), *La muerte en Córdoba: creencias, ritos y cementerios*, vol. 1, Córdoba, 313-336.

Moret, P.

(2004), “*Ethnos* o *ethnie*? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères”, [en] Cruz Andreotti – Mora Serrano (coords.), 2004, 31-62.

(2011): “¿Dónde estaban los *Turdetani*? Recovecos y metaformosis de un nombre, de Catón a Estrabón”, [en] M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas* (=BAR International Series 2245), Oxford, 235-248.

(2017): *Des noms à la carte: figures antiques de l’Ibérie et de la Gaule* (=Monografías de GAHIA 2), Alcalá de Henares-Sevilla.

Niveau de Villedary, A. M.^a – Martelo Fernández, M. (2014): “Puntualizaciones sobre «pebeteros en forma de cabeza femenina» tardopúnicos. A propósito de un hallazgo

- reciente”, [en] M.^a C. Marín Ceballos – A. M.^a Jiménez Flores (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana II: nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina* (=SPAL Monografías 18), Sevilla, 155-171.
- Noguera Celdrán, J. M. – Rodríguez Oliva, P. (2008): “Sculptura hispánica in epoca republicana: note su generi, iconografia, usi e cronologia”, [en] J. Uroz Sáez – J. M. Noguera Celdrán – F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelli romani di integrazione territoriale*, Murcia, 379-454.
- Olcina Doménech, M. (2005): “La illeta dels Banyets, el Tossal de Manises y La Serrata”, [en] L. Abad Casal – F. Sala Sellés – I. Grau Mira (eds.), *La Contestania ibérica, treinta años después*, Alicante, 147-177.
- Olivares Pedreño, J. C. (2013): “La migración de los célticos y túrdulos de la Beturia hacia el noroeste de Hispania”, *Cuadernos de Estudios Gallegos* 60, 51-84 (<https://doi.org/10.3989/ceg.2013.126.02>).
- Olmos Romera, R. (2000): “El vaso del «Ciclo de la Vida» de Valencia: una reflexión sobre la imagen metamórfica en época iberohelenística”, *Archivo Español de Arqueología* 73, 59-85 (<https://doi.org/10.3989/aespa.2000.v73.318>).
- Ortega Cabezudo, M.^a del C. (2005): “Recuperación y sistematización de un registro arqueológico: las necrópolis ibéricas e ibero-romanas de Castulo”, *Saguntum* 37, 59-71.
- Padró Parcerisa J. – Sanmartí i Grego, E. (1992): “Áreas geográficas de las etnias prerromanas en Cataluña”, *Complutum* 2-3, 185-194.
- Pereira Menaut, G.
 (1984): “La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania: El caso de Gallaecia como paradigma”, *Veleia* 1, 271-288.
 (1992): “Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis: la experiencia de Callaecia”, *Complutum* 2-3, 35-43.
- Pérez Blasco, M. F. (2011): “Un nuevo estilo pictórico en cerámica ibérica: la necrópolis de Poble Nou (Villajoyosa, Alicante)”, *Lucentum* 30, 89-116.
- Pina Polo, F.
 (2004): “Deportaciones como castigo e instrumento de colonización durante la República romana: el caso de Hispania”, [en] J. Remesal Rodríguez – F. Marco Simón – F. Pina Polo (eds.), *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona, 211-246.
 (2011): “Etnia, ciudad y provincia en la Hispania republicana”, [en] A. Caballos Rufino – S. Lefebvre (eds.), *Roma generadora de identidades: la experiencia hispana*, Madrid-Sevilla, 39-53.
- Price, J. J. – Finkelberg, M. – Shahar, Y. (eds.), (2021): *Rome: An Empire of Many Nations. New Perspectives on Ethnic Diversity and Cultural Identity*, Cambridge (<https://doi.org/10.1017/9781108785563>).
- Revell, L. (2009): *Roman Imperialism and Local Identities*, Cambridge.
- Rueda Galán, C. – Molinos Molinos, A. – Ruiz Rodríguez, A. – Wiña Garcerán, L. (2005): “Romanización y sincretismo religioso en el Santuario de Las Atalayuelas (Fuerte del Rey - Torre del Campo, Jaén)”, *Archivo Español de Arqueología* 78, 79-96 (<https://doi.org/10.3989/aespa.2005.v78.74>).
- Ruiz Rodríguez, A. – Molinos Molinos, M. (1993): *Los iberos: análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- Ruiz Mata, D. (1998): “Turdetanos: origen, territorio y delimitación del tiempo histórico”, *Revista de Estudios Ibéricos* 3, 153-221.
- Ruiz Zapatero, G. (2009): “Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades”, *Arqueología Espacial* 27, 13-27.

- Sadiqi, F. (2007): "The Role of Moroccan Women in Preserving Amazigh Language and Culture", *Museum International* 59/4, 26-33 (<https://doi.org/10.1111/j.1468-0033.2007.00620.x>).
- Sala Sellés, F. (2010), "Nuevas perspectivas sobre las relaciones púnicas con la costa ibérica del sureste peninsular", *Mainake* 37/2, 933-950.
- Salvador Oyonate, J. A. (2015): "La Regio Bastitana como problema histórico", *Florentia Iliberritana* 26, 149-179.
- Sánchez González, L. (1997): "Origen y condición de *Arse-Saguntum*", *Saitabi* 47, 225-259.
- Sanmartí i Grego, J.
 (2001): "La formació i desenvolupament de les societats ibèriques a Catalunya", *Butlletí Arqueològic* 23, 101-132.
 (2007): "El arte de la Iberia septentrional", [en] L. Abad Casal – J. A. Soler Díaz (eds.), *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea (Alicante, 24-27 de octubre de 2005)*, Alicante, 239-264.
- Santos Yanguas, J. – Cruz Andreotti, G. (eds.), (2012): *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Vitoria-Gasteiz.
- Serrano Peña, J. L. – Molinos Molinos, M. (2011): "La aristocracia ibérica ante la romanización. Ideología y espacios funerarios en Marroquíes Bajos (Jaén)", *Archivo Español de Arqueología* 84, 119-152 (<https://doi.org/10.3989/aespa.084.011.005>).
- Shennan, S. (1989): "Introduction: archaeological approaches to cultural identity", [en] S. Shennan (ed.), *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, London-New York, 1-32.
- Tortosa Rocamora, T.
 (2003): "Algunas reflexiones sobre iconografía de la cerámica ibérica en época helenística", [en] T. Tortosa Rocamora – J. A. Santos (eds.), *Arqueología e iconografía: indagar en las imágenes*, Roma, 167-180.
 (2004): "De iconografía vascular ibérica", [en] *Iberia, Hispania, Spania: una mirada desde Ilici*, Alicante, 175-180.
- Tortosa Rocamora, T. – Ramallo Asensio, S. F. (eds.), (2017): *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano* (=Anejos de *AEspA* 79), Mérida-Madrid.
- Uroz Sáez, J. (1981): *Economía y sociedad en la Contestania ibérica*, Alicante.
- Van Dommelen, P. (2001): "Punic Persistence: Colonialism and cultural identities in Roman Sardinia", [en] R. Laurence – J. Berry (eds.), *Cultural identity in the Roman Empire*, London-New York, 25-48.
- Van Oyen, A. (2015): "Deconstructing and reassembling the Romanization debate through the lens of postcolonial theory: from global to local and back?", *Terra Incognita* 6, 205-226.
- Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (2006): *Negociando encuentros: situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)* (=Cuadernos de Arqueología Mediterránea 12), Barcelona.
- Whittaker, C. R. (1997): "Imperialism and culture: the Roman initiative", [en] D. Mattingly (ed.), *Dialogues in Roman Imperialism: Power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire* (=JRA Supplementary Series 23), Portsmouth, 143-163.
- Whitmarsh T. (ed.), (2010): *Local Knowledge and Microidentities in the Imperial World*, Cambridge.
- Woolf, G.
 (1997): "Beyond Romans and natives", *World Archaeology* 28/3, 339-350.
 (1998): *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge.

Wulff Alonso, F.

(2001): “Sociedades, economías, culturas”, [en] M. Roldán Hervás – F. Wulff Alonso, *Citerior y Ulterior: las provincias romanas de la Hispania en la era republicana*, Madrid, 349-614.

(2009): “¿Por qué las identidades hoy? Historia Antigua y Arqueología ante un cambio de paradigma”, [en] F. Wulff Alonso – M. Álvarez Martí-Aguilar (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga, 11-50.

(2021): *Sin noticias de Italia: identidades y pertenencias en la República romana tardía* (=Colección Libera Res Publica 5), Zaragoza-Sevilla.

Zarzalejos Prieto, M. (2008): “Los estudios de Arqueología del género en la Hispania romana”, [en] L. Prados Torreira – C. Ruiz López (eds.), *Arqueología del género: 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM*, Madrid, 297-326.